



Al término de este año de 1966 el panorama político-social de Chile es sombrío y descorazonador. El gobierno demócratacristiano, cuya experiencia "revolucionaria" se presentaba por sus personeros, de acuerdo con su característica irresponsabilidad y enfermiza megalomanía, como trascendental para Chile y como una eficaz fórmula para ser aplicada en el mundo subdesarrollado, se ha demostrado de una incapacidad desconcertante. Improvisación, incompetencia, desorden, apetito burocrático insaciable, jesuitismo en los procedimientos, mendicidad indigna, sumisión a los intereses imperialistas, negación cínica de sus más cascabeleadas consignas, son algunos de los rasgos exhibidos de manera sobresaliente y, a menudo, repugnante, hasta provocar el más tremendo desencanto y un repudio creciente en los distintos sectores de la ciudadanía.

La democracia cristiana ha patentizado en el Ejecutivo, en el Parlamento y en sus actividades políticas y sindicales, su filosofía, su programa y su fórmula de conducta esencialmente capitalistas y burguesas. Ha sido la defensora abierta y decidida de los privilegios opresivos y contrarrevolucionarios de la sociedad nacional, en estrecha dependencia, y sumisión, con los intereses de los grandes monopolios internacionales, con la expoliación imperialista. Su slogan de la "revolución en libertad" únicamente se ha traducido en la utilización abusiva y desvergonzada del poder mágico de aquellos vocablos ante los anhelos de las grandes multitudes explotadas y oprimidas, para tan sólo encubrir su condición de instrumento servil de las posiciones de las oligarquías plutocráticas, de la Iglesia Católica y del imperialismo norteamericano. Con su demagogia cínica, su gigantesco respaldo financiero, el engaño masivo y hábil, propio de mentes adiestradas por la iglesia, el cohecho en escala nunca vista de las masas pauperizadas, del lumpen-proletario, o sea, del miserable ejército de hombres lisiados por la explotación capitalista, lograron la victoria y el poder. En sus dos años de gobierno, al llevar a cabo las consignas y las reformas agitadas en la campaña electoral, se ha descubierto como el más inepto y mentiroso conglomerado político en la historia del país.

El colosal fraude de la revolución demócratacristiana ha sido señalado por algunos de sus propios personeros. El vicepresidente socialcristiano de la cámara belga, y amigo del Presidente de la República, Raymond Scheyven, escribió en el vespertino parisiense "Le Monde", al enfocar el bienio de gobierno beato: "Puede que el Presidente Frei se sienta defraudado si estos artículos llegan a sus manos. Es que yo no pue-

do considerar revolucionarias las reformas que Eduardo Frei se propone promover. Para mí una revolución señala una ruptura, una ruptura casi siempre violenta; una revolución sobreentiende una acción pronta y rápida, conducida al margen de la legalidad. Por consiguiente, la "revolución en la legalidad" de la que se hizo heraldo el Presidente Frei no es una revolución a mi modo de ver" . . . Enfoque exacto que deja en cueros a todos los beatos y monaguillos "revolucionarios".

Si a la presente afirmación agregamos la tremenda superchería, en estos días puesta al desnudo, una vez más, de la "chilenización del cobre", denominación encubridora del reforzamiento de la penetración imperialista por las facilidades otorgadas a los consorcios norteamericanos, y en menor escala a los otros países de la órbita yanqui, todo lo cual significa el remache de los grilletes con que el imperialismo ata a Chile; y si, además, sumamos las declaraciones del dirigente máximo del departamento campesino de la democracia cristiana, para quien los sectores derechistas, y mayoritarios, de su partido son enemigos de la transformación real de la economía rural, y sólo miran la reforma agraria como un largo proceso técnico y no como un proceso revolucionario básico, y, por lo tanto, no poseen el más mínimo deseo de impulsar la destrucción de la oligarquía latifundista y emancipar al campesinado entregándole en propiedad la tierra que trabaja, admiramos un cuadro vivo del colosal engaño y de la terrible mixtificación de la democracia cristiana, desde su Presidente de la República hasta su último sacristán. Su gobierno es "la contrarrevolución en libertad" con el obsesivo propósito de captar el dominio completo del país, por la propaganda agobiadora y métodos totalitarios, copiados del falangismo clerical y fascista de Franco y su camarilla.

Todas las vigas maestras de su régimen han resultado podridas apenas tomaron contacto con la realidad: reforma agraria, chilenización del cobre, detención del proceso inflacionario, reajustes del cien por ciento con respecto al alza del costo de la vida, y reforma educacional. La llamada reforma agraria no pasa de ser una lenta y costosa parcelación, sin herir al latifundio; la chilenización del cobre se ha traducido en mayores concesiones a las empresas norteamericanas a costa del patrimonio y de los intereses nacionales; la inflación prosigue con el ritmo vertiginoso de siempre y solamente por medio de la adulteración de las estadísticas se logra "disminuirla"; en cuanto a los reajustes se anunció en forma dramática la imposibilidad de darlos siquiera en un porcentaje igual al alza del costo de la vida según los arreglados índices de la estadística oficial; la reforma educacional todavía se encuentra en proyecto y a juzgar por las espectaculares e inconsistentes medidas del Ministro de Educación, no irá más allá de un "planeamiento", es decir, de la reorganización administrativa con el objeto de colocar en los cargos claves a todos los elementos proselitistas para aumentar la influencia de la iglesia católica, mantener la división clasista y carácter selectivo de la enseñanza actual.

En la administración del país se han enseñoreado el más detestable monopolio partidista, la más condenable avidez burocrática, el

despilfarro sin tasa ni medida de los dineros fiscales; y se suceden los negociados y desfalcos. En estos momentos estremece al país el escándalo de ECA, como cifra y compendio de las improvisadas y atrabiliarias actitudes de los funcionarios demócratacristianos, de su incompetencia y de sus derroches. La miseria crece, porque aumenta la cesantía, y todos los hogares medios y modestos sufren las consecuencias nocivas de la escasez de artículos de primera necesidad y de la especulación. Mientras tanto, a la sombra de la anarquía, de la presión de los intereses plutocráticos, nacionales y foráneos, de los despilfarros fiscales, de los negociados y de las especulaciones, actúa una pandilla de nuevos ricos, privilegiados del régimen y de la democracia cristiana, constituyéndose en poderosa burguesía, de una voracidad insaciable. Y cubriéndolo todo, la intrusión de la Iglesia Católica en los diversos planos de la actividad nacional, bajo el amparo del gobierno y con una inagotable ayuda exterior. Interviene en la economía, política, educación, fuerzas armadas, prensa, radio, movimientos populares, como si fuera un partido o una empresa. La clericalización de la vida nacional es otro de los signos más antipáticos de este fracasado régimen demócratacristiano.

Frente a las clases trabajadoras, por sobre el farisaico lenguaje democrático y sus arrebatos palabreros en favor de la promoción popular, su actitud ha sido de franca represión, de persecución y de desconocimiento de las prerrogativas sociales laboriosamente conquistadas, después de largos años de lucha. En vez de acoger las reivindicaciones justísimas de los gremios, los Ministros del Trabajo y del Interior colocan toda clase de obstáculos y amenazas, realizan maniobras sucias y hasta ordenan despiadadas represiones. La masacre de 8 trabajadores de El Salvador, por órdenes superiores, ha desenmascarado la verdadera posición de la democracia cristiana frente al movimiento organizado y responsable de la clase obrera chilena. Es la misma de los gobiernos oligárquicos autores de las matanzas de Iquique, San Gregorio, La Coruña, Ránquil. . .

Ante tanta impudicia, demagogia e incapacidad, no queda otro camino que apretar la cohesión de las fuerzas políticas populares, la unidad del FRAP; de las organizaciones sindicales; el fortalecimiento de la CUT, y la incorporación a la lucha franca de todos los elementos que están por la revolución social como única salida creadora a la actual crisis nacional ahondada por la demagogia y el fracaso de la democracia cristiana.